

manos (1). Una casta delicadeza le impedía ceder á ninguna otra mujer los cuidados que debia á su inconstante esposo.

Se puede asegurar que la cualidad dominante de Isabel, su instinto propio, era un santo pudor. Su alma quedaba virgen bajo las cargas de su inefable maternidad. Por su excesiva susceptibilidad habia prohibido á sus damas azafatas la entrada en su pieza de tocador miéntras se vestía. Ninguna de ellas era admitida ni siquiera á sus baños de piés. Las más graves exigencias de la enfermedad no sorprendieron ninguna concesion á la vigilancia de su castidad. Era tanta la fuerza de voluntad de Isabel, que, para ahorrar á su pudor ciertos obstáculos, pareció sobrepujar á la naturaleza, y, si no pudo eludir la condicion mortal, pariendo sin dolor, á lo ménos alumbró sin proferir aquellos agudos ayes con que se parece aliviar el sufrimiento, y reprimió estoicamente los gemidos de la carne (2).

Con semejante superioridad de carácter, y una seguridad de conducta tan admirada, habia hecho Isabel de su corte una verdadera escuela de honor en que la cuna, la poesía, la gloria, se hallaban ensalzadas por el involuntario respeto que impone la virtud, y el entusiasmo que inspira la modestia en su sublimidad. De esta manera cultivaba las inteligencias, humanizaba los corazones, templaba el amor propio y el orgullo tan habituales al valor de los castellanos, y tan perjudiciales para la tranquilidad de las familias; acostumbraba los ánimos á la sumision; hacia la autoridad real tan equitativa en sus decisiones y órdenes, que, al ejecutarlas, parecia obedecer el pueblo los decretos de la misma justicia. La concentracion de los poderes, la regularizacion de la fuerza y de los medios ejecutivos imprimieron al trono de Isabel un carácter de poder y majestad hasta entónces desconocido.

### § V.

Isabel queria extirpar de la Europa el Coran, que de algunos siglos ántes florecia enclavado en sus Estados. No obstante, avara de la sangre de sus súbditos, cual una madre de la de sus hijos, no hubiera sido la primera en romper las

(1) «Peciábase de no haberse puesto su marido camisa que ella no hubiese hilado y cosido.» — Florez, *Reinas Católicas*, tom. II, pág. 832.

(2) «Ipsa quoque corporis dolores animosissime pertulit semper, non solum adversæ valetudinis, sed etiam partus. In quibus nec questa quidem fuit unquam, sed admirabili fortitudine, ut ab ejus matronis cubiculariis excepi, dolorem vocemque supprimebat.» — Lucius Marineus Siculus, *De rebus Hispaniæ memor.*, lib. XXI.

hostilidades, sin una necesidad absoluta. Cegados empero los moros por el orgullo, ellos mismos maquinaron su pérdida.

Despues de haber pedido la próroga de una tregua que mucho tiempo ántes habia espirado, de repente, sin declaracion ninguna de guerra, los árabes se apoderaron traidoramente de la plaza de Zahara; pero no quedó impune semejante perfidia de agresion. La toma de Alhama, la de los baños magníficos, respondió muy pronto á ese reto salvaje. Desde aquel momento la guerra continuó intermitente, accidentada, irregular, como el suelo y el clima de aquellas comarcas. Isabel, ya que se la forzaba á tomar las armas, habia prometido no deponerlas hasta despues de haber arrojado la Media Luna fuera de la católica España. Se proporcionó una nueva armadura, que hoy se vé todavía en la armería real de Madrid. Su espada, más larga que la de sus campañas contra Portugal, más rica también, de pomo y guarnicion dorados, metiase en una vaina de terciopelo azul claro, bordado de plata. Su monograma adornaba su casco, y un hermoso dibujo de flores cubria sus brazales, su coraza y sus botas de acero bruñido.

Ántes de empezar la campaña, pidió Isabel oraciones á la Iglesia, porque el verdadero objeto de esta guerra era el triunfo social de la Cruz. Sin embargo, no quiso imitar los levantamientos de ejércitos de las antiguas cruzadas, y enviar temerariamente á los pueblos cristianos contra los musulmanes; temió su inteligencia previsora la excitacion del fanatismo, la acumulacion de las muchedumbres, los desórdenes de un celo indisciplinado, el abandono de las labores agricolas. El humano corazon de la reina deseaba ahorrar la sangre; su caridad salvar las almas, pero no exterminar la raza enemiga. Su genio concibió un plan de guerra todo femenino, en que, supliendo la paciencia, la habilidad y valor personal al número, debia evitarse la muerte de muchos, y asegurarse el buen éxito de sus armas. Consistia en aprovecharse de las rivalidades intestinas del enemigo, dividiendo sus intereses; en debilitarle poco á poco quitándole sucesivamente todas sus plazas fuertes, á fin de aislar completamente á Granada, ántes de atacar al descubierto aquella soberbia ciudad, orgullo del islamismo en Occidente.

El plan de Isabel era sobre todo aparentar que no tenia ninguno, y no formular su sistema de guerra. Sólo en el seno de la intimidad decia con gracejo: «Grano á grano se ha de comer la Granada.»

### § VI.

Viendo realizarse cosas tan extraordinarias bajo la inspiracion de una mujer, la imaginacion impaciente desea tener idea de su persona. Afortunadamente pode-

mos satisfacer este deseo, porque las personas de su corte nos legaron abundantes descripciones y pormenores exactos.

Mediana era la estatura de la reina, pero admirablemente proporcionada á sus miembros y facciones. Parecía desprenderse del suelo por la indecible elegancia de su forma. Su talle flexible, pero vigoroso ocultaba su fuerza por medio del donaire. La sola nobleza de su continente revelaba su naturaleza, y demostraba su autoridad. Sus cabellos finos, largos y de un rubio vivo eran muy lustrosos. Su cutis, de un blanco mate, tomaba en el rostro un fresco encarnado. Sus ojos ofrecían aquel raro matiz que del azul pasa al verde trasparente (1). Lo claro de su mirada, que revelaba su sagacidad y penetración, hacía resaltar el modelado de sus mejillas, que no habían perdido su color encarnado á pesar de sus ocupaciones de reina y de las molestias de su maternal fecundidad. Sus labios naturalmente cerrados ocultaban la perfección de sus dientes. De sus sienes, partían las rubias trenzas que cubrían la mitad de sus orejas, de contorno delicado y correcto. La serenidad de su alma se manifestaba en la gracia púdica de su rostro en que el vigor de la expresión se unía á la suavidad de la forma.

No debía esta hermosura solamente á las líneas de las facciones, ni al color de la tez; provenía también de la pureza del conjunto tan armónicamente adecuado á la tranquila expresión de las ideas. Y por lo mismo que la reina era un modelo angelical de constancia y castidad, sus facciones habían recibido por decirlo así el sello de su alma, parecían ser su forma exterior, y se conservaban suaves y puras apesar de los años.

Efectivamente, Isabel no había perdido nada de su gracia al perder su primitiva hermosura; el matiz aterciopelado de sus párpados, el brillo de su tez, aquella efflorescente armonía de los contornos que constituye el ordinario encanto y el secreto de la belleza eran todavía características en ella. Solamente se había madurado su atractivo lo mismo que su talento. La majestad sustituía insensiblemente al prestigio, sin que de ninguna manera se minorara su influencia. En la franqueza de sus actitudes se veían su energía y el temple de su carácter heróico; su voz sonora y clara era dulce pero firme como su razón. Esta mujer llamada exactamente por M. de Montalembert, «la más noble criatura que jamás haya reinado sobre los hombres,» formaba un tipo maravilloso que se ha visto en parte reproducido, y repartido, como en lotes de herencia, entre sus cuatro hijas.

Muy lejos de exagerar por la admiración el supremo encanto que irradiaba Isabel, debilitamos el colorido de ese noble asunto pictórico con nuestra grosera prosa. Nos falta espacio, y nuestro plan nos condena al más estricto laconismo. Lo que

(1) «Muy blanca y rubia, los ojos entre verdes y azules.» — Hernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. xxiii, fól. xviii.



D<sup>a</sup> ISABEL

mos sus... legaron abundantes descripciones...

Mediana... proporcionada a sus miembros... por la indecible elegancia de su forma... fuerza por medio del donaire. La sola nobleza... su autoridad. Sus cabellos... Su cutis, de un blanco mate... Los ojos ofrecian aquel raro matiz que del alma... El claro de su mirada, que revelaba su inteligencia... el modelado de sus mejillas, que no habian perdido el color... de las molestias de su gobierno... cerrados ocultaban la perfeccion de sus dientes... trenzas que cubrian la mitad de sus orejas... La serenidad de su alma se manifestaba en la gran calma... que el vigor de la expresion se unia a la suavidad de la...

No debia esta hermosura solamente a las lineas... al color de la tez; provenia tambien de la pureza del conjunto... adecuado a la tranquila expresion de las ideas. Y por lo mismo... modelo angelical de constancia y castidad, sus facciones... el sello de su alma, parecian ser su forma exterior...

Efectivamente... no habia perdido nada... su primitiva hermosura... aquella suavemente armoniosa... y el encanto de la belleza... se habia mantenido su atractivo... talento... sin que... En la franqueza de sus actitudes se vivia... su voz sonora y clara era dulce... exactamente... Montalembert... formado... en lotes...

May... exagerar por la admiracion... Isabel, resultado... noble asun... Nos... nuestro plan nos...

(1) «May... los ojos entre venas... Reyes Católicos, cap. xix, fol. 100»



D<sup>a</sup> ISABEL I

dejamos dicho es muy inferior á lo que pensamos, y lo que pensamos queda muy por debajo de lo que nos dicen los analistas contemporáneos y las crónicas oficiales.

No citaremos á los poetas, á los retóricos, ni á los escritores cortesanos, sólo queremos mencionar los testimonios tributados á su memoria por aquellos que callaron mientras vivió, y cuyo elogio póstumo no podría ser sospechoso. De intento escogeremos solamente la opinion de obispos, religiosos y eclesiásticos acreditados en España.

El buen párroco de Los Palacios, Andres Bernáldez, en su historia manuscrita, exclamaba, en la piadosa candidez de su admiracion: «¿Quién podrá contar las perfecciones de esta cristianísima y afortunada reina, la más digna de alabanza eterna? Además de su castidad por excelencia y de su noble origen, de las muchas cualidades con que la había adornado Nuestro Señor, sacó el medio de sobrepujar y eclipsar á todas las reinas que la precedieron, no sólo en España, sino en todo el mundo!» En lo tocante á la fe, la compara á Santa Elena, madre del gran Constantino. Recuerda su celo en favor de la Iglesia, sus reformas respecto al clero, su vigilancia respecto á las costumbres monásticas, su sincera piedad, su íntima veracidad, su lealtad política, su sumision á los antojos de su real esposo, su liberalidad para con los monasterios é iglesias: llámala finalmente una segunda Isabel (1). Sólo despues de haber hablado de las virtudes de la reina habla de la hermosura de la mujer, de sus armónicas proporciones, de su ademan noble é inimitable continente.

Habiendo podido admirar por sus propios ojos á la reina en su vida doméstica el franciscano de Valladolid, autor anónimo del *Carro de las doñas*, experimenta igual dificultad para hablar de esa alma grande, á quien el historiador imperial Oviedo llama un *Océano de virtudes* (2), y exclama: «¿Quién seria capaz de referir el sabio reglamento que esta reina católica había establecido para su casa y su persona?» Dice que no sólo aquella cristianísima princesa educó á sus hijos con gran perfeccion, sino que todo era perfeccion y santidad entre las damas y mujeres de su palacio (3). Despues de contar ese franciscano un rasgo de la piedad filial de Isabel, nombrado cualidades cada una de las cuales era una virtud,

(1) «Fué muy prudentísima Reina, muy católica en la santa fe, *sicut Hellena mater Constantini*... Fué mui devotísima é mui obediente á la Santa Madre Iglesia, é mui amiga é devota de la santa é limpia religion.. Limosnera, edificadora de templos, monasterios, iglesias, *secunda Helisabet continens*.» — Andres Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*, cap. cc, Ms.

(2) «Aunque yo no sea tan suficiente ni tal mi estilo para navegar é discurrir por la mui alta é profunda mar de sus excelencias.» — Oviedo y Valdez, *Quincuagenas III*, estancia xi.

(3) «No solamente esta cristianísima Reina crió á sus hijos en gran perfeccion, más aun en las damas y mujeres de su casa todo era perfeccion y santidad.»